

en ella cosa alguna que se oponga á nuestra santa Fé católica ó á las buenas costumbres, me parece muy á propósito para escitar en los fieles y mas particularmente en los eclesiásticos, la práctica de todas las virtudes cristianas á que tanto nos mueve el ejemplo de tan gran Santo.

Por esta razon la impresion que se desea hacer de dicha obra, será útil y provechosa, y por lo mismo V. S. puede al efecto conceder su permiso. Este es mi dictámen que sujeto al muy ilustrado de V. S.

Oratorio de S. Felipe Neri de México, á 26 de Setiembre de 1863.—*Dr. Felipe N. de Barros.*

LICENCIA.

México, Setiembre 22 de 1863.

Visto el dictámen del Sr. Dr. D. Felipe Neri Barros del Oratorio de San Felipe Neri, á cuya censura pasó el libro titulado: "Vida de San Alfonso María de Liguori," despues de cotejada la traduccion que de la misma se hizo del italiano, concedemos nuestra licencia para su impresion y publicacion, cuidando se inserte la censura y este nuestro decreto, y de que no salga al público sin que sea revisada por el Sr. Censor: el Sr. Provisor y Vicario general interino de esta Sagrada Mitra, así lo decretó y firmó.—*M.—Carrillo.*
—*Lic. José María Paredes, oficial mayor.*

PARTE PRIMERA.

DESDE SU NACIMIENTO HASTA QUE DEJÓ EL ESTADO
DE CABALLERO SECULAR.

CAPITULO PRIMERO.

Padres, nacimiento, presagios de virtud y educacion de San Alfonso.

Un jóven de noble linaje, que desde su mas tierna edad emprende valerosamente llevar el yugo del Señor: un hombre que dotado de grandes talentos, y de los mas vastos conocimientos se hace admirar de todos en el foro por su saber, y mucho mas por la fama de sus virtudes: un ministro del Santuario que renunciando las vanas pompas del siglo y á los honrosos puestos á que podia aspirar, así como á las muchas riquezas y á todas las comodidades de la casa paterna, toma al Señor como la única parte de su herencia: un operario evangélico incansable, que impulsado por la mas ardiente caridad de Dios y del prójimo, no omite

fatigas, sudores ni trabajos para poder con el ejemplo, con la voz y con sus escritos, promover la gloria de Dios y ganar almas á Cristo, á cuyo fin instituye una nueva Congregacion de Sacerdotes seculares que deben consagrarse todos al bien espiritual de las almas, particularmente las mas abandonadas que viven en el campo y en las cortas poblaciones: un Obispo celosísimo que olvidado enteramente de sí mismo, y privado de toda clase de comodidades, solo busca lo que es de Jesucristo, y no se ocupa mas que de apacentar el rebaño que le ha sido confiado, y de conducirlo siempre á los pastos mas saludables: un venerable anciano, en fin, que deponiendo el grave peso del obispado, se retira á vivir con sus compañeros y alumnos, donde entre las grandes incomodidades de una edad decrepita y entre los continuos y agudos dolores de una muy larga y penosa enfermedad, lleva una vida enteramente oculta en Jesucristo, y termina santamente su curso y vida mortal, este justamente es SAN ALFONSO MARIA DE LIGUORI cuya vida vamos á escribir. Y ya que las acciones virtuosas y heroicas de los verdaderos siervos del Señor deben proponerse y encomiarse, no solo para glorificar á Dios verdaderamente admirable en sus Santos, sino tambien para escitar é inducir á los fieles á imitarlas, cada uno segun su propia condicion y sus fuerzas; con razon nos lison-

jeamos de que el fiel relato de las de nuestro Santo será tanto mas á propósito para alcanzar este objeto, cuantas mas son los órdenes y las condiciones de las personas á quienes pueden convenir, en razon de los diversos estados en que él se halló, y en cada uno de los cuales fué siempre un perfecto modelo de todas las virtudes cristianas.

D. José de Liguori, de la antigua y noble familia de este nombre, inscrita en el Señorío de Puerta nueva, uno de los cinco en que se divide todo el órden patricio de la ilustre y amena ciudad de Nápoles, y Doña Ana Catarina Cavalieri, dama de la ciudad de Brinadisi, fueron los venturosos padres de nuestro Alfonso. El padre era un personaje muy notable, no solo por la nobleza de su nacimiento, por sus conocimientos, particularmente militares, por los cargos públicos que habia desempeñado con suma integridad y prudencia, y por ser aun en aquel tiempo capitán de las galeras austriacas; sino aun mucho mas por el conjunto de virtudes morales y cristianas de que estaba adornado. Ademas, profesaba una devocion tan tierna á la pasion de nuestro Señor Jesucristo, que continuamente meditaba en ella, llevando á este fin siempre consigo cuatro pequeñas estátuas que representaban sus principales misterios, cosas todas de gran admiracion y edificacion, particularmente en personas

de esta clase. La madre era hermana del célebre siervo de Dios D. Emilio Santiago Cavalieri, operario y despues obispo de Troya en la Puglia, muerto en olor de santidad y con fama de milagros. Doña Ana Catarina no se mostró inferior en lo mas mínimo á su hermano en el ejercicio de todas las virtudes, particularmente de la oracion y mortificacion, pues todos los dias rezaba las horas canónicas como si fuese una religiosa claustrada, y aun cuando hubo pasado de los noventa años de edad, ayunaba con todo rigor en los dias prescritos por la Iglesia. Al tiempo del nacimiento de nuestro Santo, se hallaba ella en el pueblecillo llamado *Marianella*, poco distante de la ciudad de Nápoles, y allí le dió á luz el 27 de Setiembre, dia dedicado á los santos mártires Cosme y Damian, del año de 1696, bajo el pontificado de Inocencio XII, y fué bautizado el 29 del mismo mes, dia dedicado al arcángel San Miguel, en la iglesia parroquial, llamada de las *Virgenes* en Nápoles, y entre los nombres que le pusieron fueron los primeros ALFONSO MARIA.

De tan buenos árboles no podian germinar mas que frutos tan ópimos como fueron justamente todos los que siguieron á nuestro Alfonso. Pero éste no solo fué el primero, sino que por un singular favor y disposicion divina, fué el escogido y el mejor. En efecto, se puede muy bien decir que al comenzar á

sonreír con las caricias de su tierna madre, dió las mas claras y distinguidas señales de todos aquellos singulares dones de espíritu y sublime virtud de ánimo, que desarrollados despues y crecidos á su tiempo lo habian de hacer seguramente acepto á Dios y á los hombres. De aquí es que todas las personas prudentes que tuvieron ocasion de verlo y admirarlo de niño, hicieron de él los mas felices y ventajosos pronósticos. Pero la mas clara y terminante de todas las predicciones fué la que hizo el beato Francisco de Gerónimo, de la Compañía de Jesus, persona provista de todas las virtudes mas heroicas y colmado de dones sobrenaturales, operario evangélico tan celoso é incansable en la viña del Señor, como benemérito del pueblo cristiano, particularmente de la ciudad de Nápoles. Habiendo ido éste un dia á casa de D. José de Liguori, luego que le presentaron al niño Alfonso, no solo le bendijo, sino que volviéndose á la madre, le dijo con espíritu profético: *este niño llegará á ser muy viejo, no morirá antes de los noventa años: será obispo y hará grandes cosas por Jesucristo.* El resultado manifestó ser cierta la prediccion en todas sus partes.

Alfonso no solo tenia una alma verdaderamente dócil y buena, sino tambien unos padres consagrados á la verdadera y sólida piedad cristiana y empeñados en cumplir con una de las principales obligaciones de su

estado, como es justamente la de educar á los hijos, corrigiéndolos é instruyéndolos segun el Señor: de modo que pusieron el mayor cuidado en cultivar con tiempo las semillas de virtud que ya se descubrian en el niño Alfonso, y en prepararlo para la ejecucion de los designios á que Dios lo tenia destinado. Con esto, aprendió desde su infancia como el jóven Tobías, á temer al Señor, y á estar siempre en guardia para no incurrir en nada que pudiese manchar ligeramente su alma, y ofender ni aun levemente á su Dios. La piadosa y solícita madre solia con frecuencia entre dia, y particularmente por la noche, rodearse de todos sus hijos y nutrirlos amorosamente con la leche mas pura de la doctrina cristiana, y destilar poco á poco en sus tiernos corazones aquellas semillas de piedad y devocion, que germinando y creciendo despues pudiesen dar á su tiempo los mas copiosos frutos de buenas obras. Les enseñaba los principales misterios de nuestra santa Religion: los instruia en la práctica de las virtudes cristianas: procuraba escitar en su ánimo sumo horror al pecado y encenderlos en el amor de Dios, y en una tierna devocion á Jesus y á María, ejercitándolos tambien en algunas prácticas devotas, que debian repetir por la noche antes de acostarse, y por las mañanas luego que se levantasen. Y tuvo el gusto de ver que no salieron fallidas sus esperanzas,

ni sus esfuerzos quedaron inútiles, porque todos correspondieron á las santas intenciones y diligencias de tan escelente madre, de quien hablando despues Alfonso, decia con toda razon, que debia mucho á su madre, que tan perfectamente bien lo habia sabido cuidar. ¡Qué bello elogio para una madre! y ¡qué suerte tan envidiable para un hijo!

Por otra parte, así como nuestro Alfonso se distinguió siempre en todo de los demas por ser el de mas edad, tambien sobresalió entre ellos aun desde niño. Era cosa muy admirable y al mismo tiempo placentera verlo correr luego que oía la voz de su madre, y quedarse, despues tan atento y tan inmóvil escuchando sus instrucciones, que se echaba de ver muy bien el empeño y el placer que tenia en aprender los misterios de la Fé y las máximas de la Religion, aprendiéndolas con muchísima facilidad, y reteniéndolas perfectamente impresas en la mente, porque estaba dotado de una memoria muy viva y tenaz. Frecuentemente era él el primero que promovia conversaciones acerca de Dios y de lo relativo á la Religion, y se ocupaba con muchísimo gusto de aquellos actos de piedad cristiana que veia practicar á su madre, que como persona sumamente piadosa y prudente, procuraba educar á sus hijos en el santo temor de Dios y en las virtudes cristianas, mucho mas aun con el ejem-

plo que con las palabras. De aquí es que se veía que Alfonso era muy diverso del comun de los niños, los cuales suelen ser sumamente desafectos á las ocupaciones devotas, y andan buscando toda clase de pretextos para sustraerse á ellas, y él por el contrario era enteramente opuesto á toda ocupacion pueril, y á todos los juegos y diversiones de que regularmente suelen formar los niños toda su ocupacion y todas sus delicias. Aun era mucho mas enemigo de jugar con sus contemporáneos, y gustaba, por el contrario, del silencio y de la soledad: de manera que se puede muy bien decir de él, como se ha dicho del jóven Tobías, que jamas se vió en todas sus palabras y en todas sus acciones, nada que tuviese ni aun la sombra de infantil. Añadiase á todo esto una tan pronta y tan ciega obediencia á sus padres, que no solo la voz sino una simple seña que le hiciesen, bastaba para que él ejecutase no digo su voluntad, sino aun sus menores deseos. Unas cosas tan fuera de lo ordinario, no podian dejar de causar el mayor placer y admiracion, tanto á sus padres como á todos los individuos de la familia, y al mismo tiempo servian de un fuerte estímulo y escitaban vivamente á la virtud, á sus dos hermanos menores D. Hércules y D. Cayetano. Por esto se comprendia claramente la abundancia de gracias de que estaba prevenido, y el espíritu del Señor

de que estaba lleno, y que echaba en él los mas sólidos fundamentos del cúmulo de virtudes á que habia dispuesto elevarlo, y lo estaba preparando á aquel ardor de caridad que debia despues unirlo tan estrechamente con su Dios.

Pasados de este modo los primeros años de su niñez, fué confiado nuestro Alfonso por su cariñosa madre, al cuidado y direccion del padre D. Tomás Pagano, sacerdote de la congregacion del Oratorio de S. Felipe Neri de Nápoles, no tanto porque era pariente de la familia de Liguori, cuanto, y mucho mas porque era persona de experimentada virtud y de gran saber. Descubriendo éste la excelente índole del jovencito que se le habia confiado, se dedicó muy especialmente á cultivarlo y á encaminarlo desde luego por la senda de la virtud. Con esto, comenzó Alfonso á acercarse al sacramento de la penitencia dos veces á la semana con las mas esquisitas disposiciones, y á gustar del pasto de la oracion, á frecuentar las iglesias, á venerar con el mas filial y amoroso respeto á la gran Virgen Madre de Dios, y á hacer de estas y de otras semejantes prácticas devotas su principal y su mas deliciosa ocupacion. Sin embargo, no por esto dejaba de atender, como debia, al estudio de los primeros elementos de la lengua latina, sino que por el contrario, se aplicaba con el mayor empeño á

aprender las reglas gramaticales que le enseñaba el sacerdote D. Domingo Buonanzi, quien como buen preceptor, al adiestrarlo en el conocimiento de las letras, no dejaba de inculcarle la piedad y las buenas costumbres. Por otra parte, su mayor deseo era el de acercarse á la sagrada mesa para unirse cada vez mas estrechamente con aquel Dios á quien habia ya resuelto consagrarse todo entero; y el padre Pagano, su director espiritual, no descubriendo en él ninguna culpa ó falta positiva, creyó poder concederle que se nutriese tambien con el pan de los ángeles. Fácilmente se concebirá, cuáles fueron en esta ocasion las disposiciones interiores de nuestro jovencito: los sentimientos de adoracion y de afecto, y el sumo regocijo de que se vió inundado al acoger dentro de sí mismo á su Dios, á su Señor, que ya era el objeto de todos sus anhelos. Despues se le confirió el sacramento de la confirmacion por Monseñor Positano, obispo de Acerra.

Luego que cumplió el segundo lustro de su edad, fué agregado Alfonso por el mismo padre Pagano á la congregacion de jóvenes nobles, erigida en la casa de los padres del Oratorio de San Felipe Neri en Nápoles, llamada de los Gerónimos, y cuyo instituto es, encaminar á los caballeros jóvenes por la via de la perfeccion cristiana, ejercitándolos en toda clase de

prácticas devotas y en toda especie de virtudes. Allí asistia diariamente con gran modestia y recogimiento al santo sacrificio del altar; acudia con puntualidad á todas las reuniones y funciones comunes; se acercaba todas las semanas á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, y observaba con la mayor exactitud todos los ejercicios y todas las prácticas que se hallaban prescritas. Mas esto no bastaba. Era, ademas, el jóven Alfonso dócil y respetuoso con los mayores, amable y verídico con los iguales, y afable y modesto con todos; pero lo que le daba aun mas realce es, que se descubrian en él las mas claras señales de una conciencia tan pura y tan dispuesta á aborrecer no solo el pecado aun el mas leve, sino hasta la misma apariencia de pecado, amando en sumo grado la pureza y la virginidad, así como el espíritu de oracion y de contemplacion y todas las virtudes cristianas. Así es que muy en breve llegó á ser el espejo y el modelo de todos sus contemporáneos, siendo con razon admirado y estimado de todos, mas bien como un ángel del cielo, que como un jóven revestido de carne mortal.

Los padres del citado Oratorio acostumbraban llevar de cuando en cuando á estos jovencitos á una inocente recreacion, por lo cual fueron conducidos un dia á la casa de campo del príncipe de la Riccia, lla-

mada vulgarmente *Miradoisi*. Sucedió allí, que invitado Alfonso por sus compañeros á jugar á la pelota con ellos, se escusó muchas veces diciendo que él no sabia ni palabra en esto de jugar. Pero cediendo por fin á las estrechas y reiteradas instancias de sus compañeros, y queriendo condescender con una solicitud tan inocente, se puso á jugar, y aunque enteramente inesperto en la materia, quedó por fin vencedor. Entonces el mayor de aquellos jóvenes caballeros, sumamente picado de que Alfonso casi lo habia burlado con decirle que no sabia jugar, al pagarle la insignificante cantidad que habia perdido en el juego, dijo una palabra malsonante é inconveniente. Al oirla el inocente Alfonso, se le cubrió el rostro de un vivo encarnado, y altamente lastimado en lo mas íntimo de su corazon por la ofensa hecha á Dios, tomó un aire grave superior á su edad, y volviéndose á él lleno de celo, le dijo: *¿Cómo es eso? ¿así se ofende á Dios por una vil moneda?* y arrojándosela, añadió: *he alé vuestro dinero, y Dios me libre de ganar ninguno en tan malos términos.* Dicho esto, le volvió la espalda y se fué como huyendo por lo mas intrincado del jardin. Atónitos sus compañeros, y penetrados de la reprension tan seria y tan pronta de Alfonso, permanecieron inmóviles y confusos por algun tiempo con el delincuente; pero luego, cediendo á los estímulos de

la edad, volvieron á ponerse á jugar de nuevo entre sí hasta el pardear de la tarde. Entonces, no habiendo vuelto á ver á Alfonso, ni sabiendo qué habia sido de él, se pusieron á buscarlo por todas partes, con tanta mas razon, cuanto que el jóven que lo habia insultado, arrepentido ya de su trasporte, dijo á sus compañeros: *vamos á buscar á Fonso porque quiero presentarle mis excusas.* ¿Mas qué vieron? Despues de varias y largas pesquisas, le encontraron por fin arrodillado delante de una imagencita de la Virgen, que habia sacado de la bolsa y habia prendido en el tronco de un árbol viejo; y lo que es mas, tan arrojado y tan fuera de todos sus sentidos, que ni aun echó de ver la llegada de sus compañeros que al instante lo rodearon. Estos quedaron absortos al ver un espectáculo tan tierno como inesperado, y el caballero que habia sido ocasion de él, no pudo ya contenerse y exclamó: *¿Qué es lo que he hecho? he maltratado á un santo.* Entre tanto, Alfonso, vuelto en sí del éxtasis, se levantó, recogió la imágen, y lleno de confusion se reunió con sus compañeros. Pero mucho mayor fué el rubor y la vergüenza de que se cubrió el rostro tanto del caballero reprendido por él, como de todos los demas, que sin proferir una palabra, volvieron á sus casas, contando á sus padres y parientes lo que habia sucedido, como un verdadero prodigio.